

cuna? ¿Qué te importa hoy haber terminado tu travesía en frágil esquife ó en soberbia trirreme? Pero el modesto esquife es preferible, porque boga sobre la corriente no lejos de la orilla, que le presenta mil abrigos, mientras el fastuoso bajel navega sobre un mar proceloso donde los puertos son escasos, frecuentes los escollos, y donde por lo regular no se puede echar el áncora, por no permitirlo la insondable profundidad del abismo.»

Tales eran la libertad de espíritu, la alegría y jovialidad de aquellos hombres que pasaban su postre nocturno sobre la tierra. Los mártires ancianos y los jóvenes, animados por el soplo del Espíritu Santo, derramaban todos los tesoros de las virtudes, y presentaban reunidos y mezclados los mas amables frutos de la sabiduría; tales se ostentan los feraces campos de la Campania: el trigo nuevo es sembrado á la sombra del álamo añoso que presta á la viña amigo apoyo; el pajizo techo se alza en busca del sazonado racimo que se inclina á su vez hácia las doradas espigas; la plácida brisa que se desliza entre los frondosos emparrados, agita los álamos, las espigas, las guirnalda de la viña y mezcla los suaves perfumes de las mieses, de los jardines y los bosques.

Doroteo, semejante á un animoso pastor, se habia abierto camino á través de la idólatra muchedumbre. En la vertiente del monte Esquilino se elevaba un retiro habitado en otro tiempo por Virgilio, y á cuya puerta un laurel atraía la veneración del pueblo. Doroteo, en sus días de prosperidad, habia comprado aquella posesion para hermosearla, y en ella ocultó á la hija de Homero; Demodoco llenaba aquel apartado asilo con el eco de sus dolientes quejidos, cuando sentado en el suelo y creyendo ver á dos guerreros adelantarse á través de las sombras, exclamó con voz sonora:

—¿Quiénes sois? Fantasmas enviados por las sangrientas Eumenides, ¿venís á sepultarme en la pavorosa noche del Tártaro, ó sois genios cristianos que me anunciáis la muerte de mi hija? ¿Caiga el Cristo y sus templos! ¿caiga el Dios que clava en la cruz á sus adoradores!

—Ellos son, no obstante, los que te devuelven tu hija, dijo Cimodocea, arrojándose al cuello de su padre.

El casco de la joven mártir rueda con estrépito y sus cabellos caen sueltos sobre sus hombros y espalda: el guerrero se ha convertido en encantadora doncella. Atónito Demodoco pierde el uso de sus sentidos, y esplicándole unos misterios que apenas puede comprender, Cimodocea le consuela con sus palabras y desvelos:

—Oh padre mio, le dice, vuelvo al fin á verte despues de una cruel separacion! hé aquí á tus pies á tu Cimodocea, de quien tus labios aprendieron á pronunciar el tierno nombre de hija. Tu me recibiste en tus brazos á mi nacimiento, y me colmaste de caricias y bendiciones. ¿Cuántas veces, estrechada por tus brazos, te he prometido hacerte el mas venturoso de los mortales! ¿Y he podido ser la causa de tus amargas lágrimas! ¿Oh padre mio! ¿no son ilusion estos abrazos que te doy? ¿Ah! gocemos estos momentos de inesperada ventura, porque ya sabes que el cielo está dispuesto siempre á despojarnos de los dones que nos concede.

De modoco exclamó.

—Gloria de mis antepasados, hija mas preciosa á mi corazon que la luz que alumbrá las sombras felices en el Eliseo! ¿podré narrarte mis dolores? ¿Con cuán tierno afán te buscaba en los lugares donde te habia visto y en derredor de estas tristes prisiones que á mi amor te robaban! ¿Ah! me decia, no prepararé ya su tálamo nupcial, ni encenderé la antorcha de su himeneo, condenado á vagar solitario por la tierra, pues los dioses me han robado mi corona y

mi alegría! Cuando estrechaba á mi hija en mis brazos en las costas del Atica, ¿la estrechaba por última vez? ¿Cuán dulces miradas fijaba en mí! ¿Con cuánta ternura me sonreía! ¿Eran aquellas su postrera mirada y sonrisa? ¿Oh facciones queridas, de nuevo encontradas! ¿Oh rostro en que se pintan el candor y la inocencia, formados pareceis para la felicidad! ¿Cuánto placer es sentir palpar ese corazon jóven y lleno de vida, sobre este corazon decrepito y gastado por el dolor!

Así desahogaban Cimodocea y Demodoco el oprimido pecho: Alcion que forma su nido sobre las inquietas olas, hace oír con sus hijuelos dulces lamentos en el flotante nido que las mares tragan en breve. Doroteo mandó encender antorchas y llevó al padre y á la hija á una sala donde habian sido preparados dos lechos, y les abandonó á la efusion de su ternura. Toda la noche hubiese trascurrido en mútuas relaciones y tiernas caricias, si el sacerdote de los dioses no hubiera exclamado, arrojándose á los pies de Cimodocea:

—¡Oh hija mia! pon término á mis temores y desventuras! Abjura esos altares que te esponen sin cesar á nuevas persecuciones, y vuelve al paterno culto. Hierocles no es temible ya, y el que debe ser tu esposo...

Cimodocea se precipitó á su vez á los pies del anciano.

—¡Mi padre á mis plantas! exclama, levantando á Demodoco; ¿ah no tengo fuerza bastante para soportar esta prueba! ¿Oh padre mio! perdona á una débil hija, no la seduzcas y déjale el Dios de su esposo! ¿Si supieses cuánto ha aumentado este Dios el respeto y el amor que te profeso!

—Ese Dios, replicó Demodoco, ha intentado robarme mi hija, y te roba tu esposo!

—¡No! repuso Cimodocea, no perderé á Eudoro, pues vivirá siempre, y el brillo de su frente se reflejará en la mia.

—¿Cómo! respondió el sacerdote de Homero, ¿no perderás á Eudoro cuando baje al sepulcro?

—No hay sepulcro para él, dijo la inspirada doncella; no se llora á los cristianos muertos por su Dios, como á los demás hombres.

Cimodocea, que abrigaba en su corazon un alto propósito, invitó á su agitado padre al sueño y le pidió ocupase un lecho, pues el anciano no queria renunciar ni un momento á la vista de su hallada hija, temiendo siempre volver á perderla: así, cuando un hombre se ha visto perseguido durante mucho tiempo por un funesto ensueño, al despertar ve todavía la espantosa imagen, sin que la naciente aurora tranquilice su azorado espíritu. Cimodocea se queja de su cansancio, é inclinándose sobre el otro lecho, situado en la opuesta estremidad de la sala, dirige en voz remisa esta sentida plegaria al Eterno:

«Dios desconocido que sondeas el fondo de mi corazon; Dios que has visto morir á tu único Hijo! si mis designios te son aceptos, envía á mi padre uno de esos espíritus que se llaman tus ángeles; cierra sus ojos cansados de llorar, y acuérdate de él cuando yo le haya abandonado por tí!»

Dijo: y su oracion voló con alas de fuego al seno del Eterno.

El Eterno la recibe en su misericordia, y el ángel del Sueño abandona al punto las bóvedas etéreas. Ostentando el cetro de oro que le sirve para mitigar las penas de los justos, atraviesa la region de los soles y se inclina hácia la tierra á donde le conduce un prolongado grito de dolor. Al llegar al globo, detiéndose un momento sobre la mas culminante cima de las montañas de la Armenia; busca con ávida mirada los desiertos donde florecieron un dia las perdidas campiñas del Eden, y recuerda el primer sueño del hombre, cuando Dios formó de la costilla de Adán la her-

mosa compañera que perder y salvar debia la raza humana. Pronto tiende el raudo vuelo al monte Líbano, á cuyo pié ve los profundos valles, los espumosos torrentes, los altivos cedros, y toca las llanuras donde los patriarcas gozaban de sus dones á la sombra de una palmera. Cruza los mares de Sidon y Tiro; y dejando á lo lejos el destierro de Teucer, el sepulcro de Aristómenes, la Creta amada de los reyes y la Sicilia, cara á los pastores, descubre las costas de Italia. Hiende los aires sin rumor alguno, sin agitar las leves alas, y esparce á su paso la frescura y el rocío; muéstrase, y las olas se adormecen, dóblanse las flores sobre sus tallos, oculta la paloma su cabeza bajo las quietas alas y duerme el león en la apartada caverna. Las siete colinas de la ciudad eterna ofréncense al fin á las miradas del ángel consolador, que mira horrorizado á un millon de idólatras turbar la calma de la noche; abandónales á su criminal insomnio, y al mostrarse sordo á la voz de Galerio, cierra á su paso los ojos de los mártires y vuela al solitario retiro de Demodoco. Este padre infortunado se agitaba calenturiento en su lecho, pero el divino mensajero estiende sobre él su cetro de paz y toca sus párpados: Demodoco cede al punto á un profundo y apacible sueño; que no habiendo conocido hasta allí sino á ese sueño hermano de la muerte, morador de los infiernos é hijo de aquellos demonios llamados dioses entre los hombres, no conocia ese sueño de vida que procede del cielo: encanto poderoso formado por la paz y la inocencia, que no crea vanos ensueños, que no abruma el alma y que parece ser un dulce vapor de la virtud. El ángel del descanso no se atreve á acercarse á Cimodocea, entregada á la oracion; é inclinándose respetuoso ante ella, la deja en la tierra y vuela á esperarla en el cielo.

## LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

SUMARIO. Despedida á la Musa. Enfermedad de Galerio. El anfiteatro de Vespasiano. Eudoro es conducido al martirio. Miguei aherra á Satanás en el abismo. Cimodocea abandona á su padre y se reune á Eudoro en el anfiteatro. Galerio sabe que Constantino ha sido proclamado César. Martirio de los esposos. Triunfo de la Religion Cristiana.

¡Oh Musa que te dignaste sostenerme en carrera tan larga como peligrosa, torna ya á las celestiales mansiones! Descubro los limites de mi carrera; voy á bajar del carro, que para cantar el himno de los muertos no he menester de tu auxilio. ¿Qué francés ignora hoy los cantos fúnebres? ¿Quién de nosotros no ha llevado su luto al pié de una tumba, ó no ha herido al aire con funerario grito?

Todo ha concluido, ¡oh Musa! un momento mas, y abandonaré para siempre tus altares! No diré los amores y los seductores delirios de los humanos porque es preciso abandonar la lira con la juventud. ¡Adios! consoladora de mis días, tú que participaste de mis placeres y con harta mayor frecuencia de mis dolores! ¿Puedo separarme de tí sin amargo llanto? Niño era todavía cuando subiste á mi rápida nave y cantaste las tormentas que rasgaban mi combatida vela; tú me seguiste al techo de corteza del salvaje, y en las soledades americanas me hicistes hallar los bosques del Pindo. ¿A qué costa no has llevado mis ilusiones ó mis infortunios? Conducido sobre tus alas, he descubierto en medio de las nubes las desoladas montañas de Morvén; he penetrado en los bosques de Irminsul, he visto correr las aguas del Tiber, he saludado los olivos del Cefiso y los laureles del Eurotas. Tú me mostraste los enhiestos cipreses del Bósforo y los vacíos sepulcros del Simois. He atravesado

contigo el Hermo, rival del Pactolo; contigo he adorado las aguas del Jordan y orado sobre el monte Sion. Menfis y Cartago nos han visto meditar sobre sus ruinas; y en los escombros del palacio de Granada hemos evocado los entusiastas recuerdos del honor y del amor. Entonces me decias:

«¡Aprende á conocer esa gloria cuyo teatro puede recorrer en breves días el mas oscuro y desvalido viajero!»

No olvidaré, ¡oh Musa! tus lecciones, ni dejaré despenarse mi corazon de las elevadas regiones donde lo has colocado. Los talentos que dispensas se debilitan al trascurso de los años; la voz pierde su vigor y los dedos se hielan sobre el laúd; pero los nobles sentimientos que inspiras pueden sobrevivir á los demás dones que dispensas. ¡Compañera fiel de mi vida! al volar á los cielos, déjame la independencia y la virtud. ¡Vengan estas vírgenes austeras á cerrar para mí el mágico libro de la poesia y á abrirme las severas páginas de la historia! He consagrado la edad de las ilusiones á la risueña pintura de la mentira; quiero, pues, emplear la edad de los tristes recuerdos en el grave cuadro de la verdad.

Mas, ¿qué digo? ¿no he abandonado ya el país encantador de la mentira? ¿Ah! los males que Galerio ha hecho sufrir á los cristianos, no son, no! vanas ficciones.

Justo era ya que el cielo vengase en el oprimir la causa de la oprimida inocencia. El ángel del Sueño, desoyendo inflexible los ruegos de Galerio, le ha entregado al ángel exterminador: el vino de la cólera de Dios, al penetrar en las entrañas del perseguidor de los fieles, ha agravado una enfermedad oculta, fruto de la intemperancia y del vicio. Desde la cintura hasta la cabeza, Galerio es un esqueleto cubierto de una piel lívida, plegada entre los huesos; la parte inferior de su cuerpo está horriblemente hinchada y sus pies han perdido su forma. Cuando en un vivero cubierto de juncos y caprichosas flores, una serpiente se enrosca en rededor de un toro, este se debate entre los estrechos nudos del reptil, y en vano hiere el aire con las retorcidas astas; pronto, empero, domado por el sutil veneno cae y se revuelca exhalando impotentes bramidos: así se agita, muje y brama Galerio, cuyos intestinos devora hedionda gangrena. Para destruir los gusanos que roen á este señor del universo, se consagran á sus famélicas llagas animales recién degollados, y se invoca á Apolo, á Esculapio y á Higia: ¡ídolos impotentes á librar de los gusanos su propio corazon!

Galerio manda decapitar á los médicos que no hallan remedio á sus dolencias.

«¡Príncipe! le dice uno de ellos, educado en secreto en la fe cristiana; siendo esta enfermedad superior á los recursos del arte, preciso es buscar su origen en causas mas altas: recuerda lo que contra los servidores de Dios has hecho, y sabrás á quien debes acudir. Dispuesto me hallo á morir como mis hermanos, pero te anuncio que los médicos no te curarán.»

Esta franqueza causó á Galerio temibles arranques de ira, pues no podia resolverse á reconocer la impiedad del titulo de Eterno con que habia engalanado una existencia momentánea. Su encono contra los cristianos se duplica, y lejos de intentar suspender su suplicio, confirma su primera sentencia y espera impaciente el dia señalado para ofrecer en el anfiteatro el repugnante espectáculo de un príncipe moribundo que acude á presenciar la muerte de sus súbditos.

Su bárbara impaciencia no tardó en verse satisfecha: ya las amarillentas aguas del Tiber, las colinas de Alba, los bosques de Lucretilio y de Tibur sonreían á los apacibles destellos de la naciente aurora. El rocío brillaba suspenso en las plantas como un

transparente maná, y la campiña romana desplega su lozania, ostentando la frescura, y por decirlo así, la juventud de la luz. Los distantes montes de la Sabina, envueltos en un diáfano vapor, pintábanse con el color del fruto del ciruelo, cuando su violada púrpura se muestra ligeramente blanqueada por su flor. Veíase al humo elevarse tranquilamente en medio de

los pintorescos caserios, á las nieblas huir á lo largo de las colinas y á las copas de los árboles despojarse de los vapores matinales; nunca brillara en el Oriente mas hermoso dia para contemplar los crímenes humanos. ¡Oh sol! desde el encumbrado trono de donde lanzas una indiferente mirada á la tierra, ¿qué te importan nuestras lágrimas y desventuras? Tu na-



EUDORO CONDUCTO AL SUPPLICIO.

cimiento y tu ocaso no pueden ser turbados por el mezquino soplo de nuestras miserias, pues alumbras con los mismos rayos al crimen y á la virtud; las generaciones pasan y se abisman, y tu sigues vencedor tu imperturbable carrera.

El pueblo se reunia en el anfiteatro de Vespasiano, porque Roma acudia á beber la sangre de los márti-

res. Cien mil espectadores, cubiertos unos con su manto, ostentando otros sobre su cabeza una especie de sombrilla, ocupaban las espaciosas graderías, mientras la muchedumbre vomitada por los pórticos bajaba y subía á lo largo de las escaleras exteriores y se sentaba en los escalones de mármol. Dobladas rejas de oro defendían de las fieras el banco de los senadores; y



EUDORO Y CIMODOCEA ENTREGADOS Á LAS BESTIAS FEROCES.

para refrescar el aire unas ingeniosas máquinas hacían subir altos chorros de vino y agua azafrañada, que volvían á caer trocados en perfumado rocío. Tres mil estatuas de bronce, multitud infinita de cuadros, bruñidas columnas de jaspe y púrpura y vasos de primoroso trabajo decoraban tan magnífica escena. En un canal practicado en derredor de la arena, nadaban un hipopótamo y muchos cocodrilos; quinientos leones, cuarenta elefantes, numerosos tigres, panteras, toros y osos acostumbrados á despedazar hombres, rugían en las hondas cavernas del anfiteatro, mientras algunos gladiadores, no menos feroces, enjugaban aquí y acullá sus ensangrentados brazos. Inmediatos á los antros de la muerte alzábanse lugares de pública prostitución; y las desnudas cortesanas y las

mujeres romanas de la mas alta gerarquía aumentaban como en los infaustos dias de Nerón, el horror del espectáculo y acudían en tropel, nefandas rivales de la muerte, á disputarse los infamantes favores de un principe moribundo. Anádanse á cuadro tan sombrío los postreros ahullidos de las Ménades, lascivamente tendidas en las calles, y se descubre con horror toda la mentida grandeza, todo el deshonor de la esclavitud.

Los pretorianos, encargados de conducir á los confesores al martirio, cercaban ya las puertas de la prision de San Pedro. Eudoro debía ser separado de sus hermanos y elegido para ser el primero en el combate, según las órdenes de Galerio; así, en todo ejército aguerrido se aspira á inutilizar desde luego



